

Palabras inmortales

Ciertos políticos -mayormente socialistas, qué le vamos a hacer- no paran de decir cosas interesantes, verdades como puños (y rosas), enseñanzas imperecederas. Es lástima que sus palabras, semiocultas en las páginas de usar y tirar, no queden resaltadas como merecen. Modestamente, uno quisiera contribuir a reparar tamaña injusticia.

1. La libertad de expresión según la Gestora.- Entre las densas aportaciones doctrinales de la Gestora Socialista, no ha de olvidarse la última con que nos obsequió cuando ya estaba decidida a morir matando por el bien general. Me refiero a su concepto de libertad de expresión. Así, en el expediente incoado a aquellos levantiscos afiliados que osaron criticarla en la prensa local, el primer cargo que la Gestora les dirige es el de haber conculcado “el respeto a la libertad de conciencia y a la libertad de expresión *en el seno del Partido* (el subrayado es suyo) de cada uno de los militantes”. Aprendamos las varias y sutiles lecciones ahí contenidas.

Primera, que tan básicas libertades democráticas, y por concesión graciosa de la Gestora, rigen también en el PSN; o sea, que los derechos de todo ciudadano se extienden incluso a los militantes socialistas, lo que es todo un regalo que éstos deberían agradecer en lo que vale. Segunda, que no se hagan ilusiones: porque ahí se decía que la libertad de conciencia de la difunta Gestora negaba la libertad de conciencia de los militantes, de igual manera que la libertad de expresión de éstos había de detenerse justo donde comenzaba la libertad de aquélla. Y, *last but not least*, que el derecho a la libre expresión prohíbe al parecer el derecho y el deber de examinar la verdad o la insensatez de lo expresado, cualquiera que sea quien lo exprese. Que tomen nota los magistrados del Tribunal Constitucional de una interpretación legal que les abre horizontes insospechados.

2. La pérdida de un pensador.- En el Congreso del PSN nadie exigió y nadie escuchó a López Mazuelas, ni con la boca grande ni con la pequeña, pedir el menor perdón por sus andanzas. Ni siquiera hay testigos que le vieran llorar, como hizo su ex-presidenta en el momento de ser tocada por la gracia de

Ferraz, para arrancar el aplauso de sus propios damnificados. Nada de eso. Este portavoz de sí mismo caído en desgracia tan sólo adelantó que “a partir de ahora a él ya no le corresponde lanzar ideas y mensajes ni a los afiliados ni a la sociedad, sino únicamente respetar y defender las de la nueva dirección”. He ahí toda una confesión de que, en cuanto elige a su Ejecutiva (para ser más exacto: en cuanto ingresa en la orden), al militante de a pie le toca renunciar a sus puntos de vista o reservarlos para sí solito. Es el ya mentado voto de pobreza intelectual y de obediencia ciega que tan óptimos resultados ha producido en el PSN. Pero más sorprendente aún es enterarnos ahora de que tanto su partido como los ciudadanos hemos vivido estos años, sin saberlo, alimentados de ideas *mazuelinas*. Se ruega a quien corresponda que recupere cuanto antes a este Habermas del paseo Sarasate, no sea que nos quedemos huérfanos de pensamiento político y moral o, tal vez peor, a merced del magisterio corellano.

3. No hay más cera que la que arde.- Al ser entrevistado en EGIN, el señor Lizarbe expone algunas opiniones que me apresuro a compartir, como su escepticismo ante la llamada “tercera vía”, la justicia de la sentencia condenatoria de la cúpula de HB o su inquietud por nuestro índice de paro. Pero la gran esperanza roja, el paladín de la renovación de su partido, comienza su mandato con parecido empeño que antes de iniciarlo: no enemistarse con casi nadie, ni propios ni extraños, y recurrir a los melifluos modos habituales. En esa entrevista no duda en reconocer que, con el susodicho López Mazuelas, “puede haber diferencias en la forma de hacer política, pero básicamente es cierto que había una coincidencia”. Tanta coincidencia, que suscribe la reforma fiscal de nuestras clases pudientes, porque un socialdemócrata moderno ha de fomentar antes la inversión que la justicia distributiva. Tanta simpatía con el proceder anterior, como que eleva a portavoz del grupo socialista a un parlamentario de toda la vida por el que pasaron Urralburu y Otano sin romperlo ni mancharlo.

Nuestro hombre sabe de sobras que no hay partido libre de sospechas de haberse procurado fondos de modo ilegal, pero tiene la impresión de que en el suyo “no ha habido financiación irregular”; sabe también que el compañero

Marugán -lo mismo que Galeote en la trampa de FILESA- fue juez y parte de la causa, pero deposita su confianza en su más que discutible y nada discutido informe. Pues un partido como está mandado sólo se arrepiente de haberse arrepentido. Claro que no ignora las turbias razones partidarias que defenestraron al anterior presidente de la Cámara de Comptos, pero a la pregunta de cuál hubiera sido el candidato de su preferencia contesta con el mismo cuidadoso silencio que en su día ayudó a defenestrarlo. Y respecto del euskera, expresa su firme deseo de “sacar esta cuestión del debate político”, como si la política lingüística no debiera ser política (sino filología, etnología o algo así) y como si no fuera justamente la cobarde carencia de debate político, sobre todo por parte socialista, lo que ha encerrado esta cuestión en un callejón sin fácil salida. Pusilanimidad se llama esta figura.

4. Una democracia dolorida.- Nuestra Presidenta del Parlamento, que hasta la fecha parece haber labrado su carrera en un virtuoso ejercicio de boca cerrada y prudente verlas venir, se acaba de soltar el pelo. En la toma de posesión del nuevo presidente de la Cámara de Comptos va y dice que su nombramiento “fue apoyado por una amplia mayoría, y me van a permitir que califique dicha decisión como ajustada y respetuosa con los principios básicos de todo pronunciamiento democrático”. Pues mire, señora, algunos no se lo permitimos ni poco ni mucho, ya ve.

Ni fue democrática (sino minoritaria y opaca) la intriga que urdió aquella elección, ni era democrática la Gestora que la propuso ni la forma como adoptó su propuesta, ni es democrático un pronunciamiento parlamentario que no venga precedido de la debida deliberación. Y, sobre todo, fijese, ni siquiera el demócrata más entusiasta se atrevería a llamar democrática a una Ley que, al dejar al fiscalizador público en manos del poder fiscalizado, pervierte en buena medida el Estado democrático de Derecho. Si tan claro lo tenía Su Excelentísima, o sus asesores, fue una pena que desaprovecharan la ocasión de salir al paso de mi tribuna en EL PAIS (28 de noviembre) o al editorial de hoy en ese mismo periódico (22 de diciembre). Pero si lo que importaba era someterse al oráculo de la Carretera de Zaragoza, como aquí se acostumbra, entonces obró V.E. santamente. No fuera Vucencia a caer en la debilidad -impropia de

un político cuajado- de preguntarse qué es democracia, porque la respuesta sería temible: aquel sistema político cada día más desacreditado gracias a leyes como las de los Tribunales de Cuentas, a camarillas partidarias como esa en la que V.E. participó y a Parlamentos progresivamente vacíos o amordazados como el que su señoría preside.

5. La obsesión de Garaicoechea.- Se ha perdido la cuenta de las veces en que, a lo largo del año, el presidente de EA ha denunciado con amargura que hay “una ofensiva sin precedentes contra el nacionalismo vasco”. Más en concreto, una ofensiva que tiene por protagonistas principales a “sedicentes intelectuales que tratan de manipular el concepto del nacionalismo”. Ya es todo un síntoma del papel que a la reflexión se le reserva hoy en la política -democrática, no faltaba más- el que *intelectual* valga como dicitario o epíteto vergonzante. Y por si figurase yo entre aquellos tercos ofensores (y admito que la vanidad me pide estar en tan honesta e inteligente compañía), trataré de replicar a quien en este punto no se distingue un pelo del padre Arzalluz.

Dos ventajas al menos presentan esos sedicentes intelectuales sobre los próceres nacionalistas que se dicen demócratas: una es que aquéllos se esfuerzan en ofrecer argumentos, pero éstos ni por pienso; la otra es que los primeros se arriesgan a adentrarse *in partibus infidelium*, mientras que los últimos sólo predicán para convencidos. ¿Acaso saben lo que es un intelectual? Savater, otro de los seguros participantes en el complot, lo definía hace unos días en Pamplona como aquel que se esmera en dirigirse al intelecto de los otros; o sea, todo lo contrario que un nacionalista como el Sr. Garaicoechea, cuyo propósito ha de ser el de cultivar los sentimientos más simples y primitivos de los suyos.

Aurelio Arteta

Catedrático de Ética y Filosofía Política de la U.P.V.